

GIUSEPPE CARD. VERSALDI

El arte de educar: el modelo cristiano

*Discurso durante el II Congreso de Educación Católica
Santiago, 12 de octubre de 2017*

*Eminentísimo Señor Cardenal Ricardo Ezzati,
Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Chile,
Excelencias Reverendísimas,
Ilustrísimo Rector, Dr. Ignacio Sánchez
Reverendos Decanos y Directores de los Institutos,
Honorable Autoridades,
Distinguidos Profesores y Docentes,
Queridos Estudiantes,
Señoras y Señores*

I. Introducción

Ante todo mi saludo cordial y agradecimiento por la invitación para participar en este Congreso de educación católica que tiene como objetivos: “revisar los principios inspiradores, realizar una lectura crítica del estado actual y trabajar en propuestas para profundizar el aporte que las diversas instituciones hacen en la búsqueda de la verdad y del bien común”.

Festejo esta elección por cuanto se materializa en ustedes la intuición que tienen en relación a la importancia de una reflexión crítica y autocrítica del papel de la educación católica hoy en Chile, ante los desafíos de la sociedad y de la cultura de nuestros tiempos. Tal decisión revela también una actitud positiva y verdaderamente evangélica que debe acompañarles en la reflexión del tema elegido: una actitud animada por la esperanza de que los desafíos actuales no se viven con pesimismo de quien se coloca en defensa o en conflicto con el mundo, más bien, deben ser considerados como una ocasión de gracia para que nuestra conversión sea plena según el proyecto de Dios: la salvación de mundo, incluyendo el mundo de hoy. Tal esperanza, a su vez, está fundada sobre una fe sólida en la potencia de la acción de Dios en el mundo, una potencia de amor que vence el mal con el bien según los modos y los tiempos que solo Dios conoce, pero que sin duda alguna están en sus manos misericordiosas. Como dice el Papa Francisco: “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (*Evangelii gaudium*, n. 109).

Es en este ámbito de la misión esencial de la Iglesia que se insiere la acción que nuestras instituciones educativas (escolares y universitarias) desarrollan desde siempre para que el anuncio del Evangelio pueda impregnarse y crecer en cada persona llamada a la madurez humana y cristiana según cuanto afirmaba el Concilio Vaticano II, en la ya conocida Declaración sobre la educación católica: “Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, en cuanto participantes de la dignidad de la persona, tienen el derecho inalienable de una educación, que responda al propio fin, al propio carácter; al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, esté abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz” (*Gravissimum educationis*, n. 1).

En este contexto, el discernimiento al cual estamos llamados consiste en tener presente los criterios evangélicos esenciales para encarnarlos en la cambiante situación histórica que estamos viviendo en este tercer milenio que, como recordaba el Papa Francisco, no representa solo una época de cambios, sino más bien un “cambio de época”. Mi intervención, obviamente, quiere ayudarlos más bien a descubrir los principios esenciales e inmutables que se adaptan como criterios de discernimiento y no tanto en profundizar el análisis de la situación en Chile que seguramente ustedes conocen mejor que yo y que representa la tarea específica de esta Iglesia local, a la cual ningún otro la puede sustituir. Debemos, sin embargo, tener presente que esta tarea no puede prescindir de la invitación que ha hecho el Papa Francisco, como guía supremo de nuestro tiempo, quien en la Exhortación *Evangelii gaudium* ha llamado a la “transformación misionera de la Iglesia”. Inspirado por el Espíritu Santo, el Santo Padre nos ofrece con la palabra y el ejemplo la ocasión para una renovación que pasa a través de la conversión de las personas y de las instituciones de la Iglesia, según el genuino espíritu evangélico. Mi invitación es la de insertar este Congreso en el clima propuesto por el Papa, de modo que se adhiera el tema de la educación junto al de la acción misionera de esta Iglesia de Chile.

II. El arte de educar

Como es evidente, la educación escolar, y también aquella superior, se insiere en el más amplio significado de la educación integral de la persona, aunque si, como veremos, tiene una connotación específica que deriva de la finalidad de llevar a los jóvenes y niños a aquellos conocimientos del campo de las ciencias que les permitan ser protagonistas del progreso personal y social del mundo que viven.

Por ello, debemos primero precisar el significado general de la educación para evitar malentendidos o confusiones que, desgraciadamente en el pasado y todavía en el presente, se están difundiendo con graves daños para la obra educativa misma. La raíz de esta confusión sobre el significado de la educación viene fundamentalmente del hecho que el concepto de educación implica una visión específica de la naturaleza humana y, por consecuencia, para una buena educación se necesita tener claro qué es

el hombre, de dónde viene y para dónde va; en otras palabras no existe una buena educación sin una correcta visión antropológica. Y como sabemos, tanto en el pasado como en el presente, la visión de la naturaleza humana ha sufrido muchas distorsiones y reducciones con efectos negativos sobre la misma educación.

Educación significa entrar en el proceso de crecimiento de la persona hasta alcanzar su fin último a través de un método que sea respetuoso de la dignidad y de la libertad del individuo como también de la sociedad en la cual vive, de modo que se integre el bien del singular en el bien común. Si no se alcanza esta integración, entonces, se pisotea la dignidad de las personas y se cae en diferentes formas de individualismo que impiden la armonía social y la paz entre los pueblos. La Iglesia en su misión evangelizadora ha siempre dedicado mucha atención a la educación integral en el sentido que hemos descrito, tratando de formar no solo buenos cristianos, sino también buenos ciudadanos insertados en la sociedad para el verdadero progreso del mundo. Por esto históricamente la Iglesia se ha empeñado también en la educación escolar desarrollando el diálogo entre la fe y la razón para llevar a los jóvenes a la plenitud del conocimiento de la verdad. De hecho, como recordaba San Juan Pablo II, “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” (*Fides et ratio*).

Es por esta recíproca iluminación de la fe y de la razón que podemos obtener algunas líneas orientativas del arte de educar según los desarrollos que también las ciencias humanas han conseguido en este campo, confirmando aquella visión personalista que está desde los orígenes en la base de la antropología cristiana derivada de la Revelación. Los modernos aportes en el campo psicosocial evidencian como el individuo humano sea ante todo un ser relacional, es decir, el origen y el desarrollo humano están esencialmente conectados con la necesidad de no estar aislado, sino en comunión con los otros seres humanos, comenzando obviamente por los genitores. Superado el determinismo freudiano que consideraba el yo gobernado principalmente por sus instintos individuales que buscaban gratificaciones en el mundo circunstante, la psicología moderna considera el yo en estrecha relación con el tú, aún más, constata como al inicio de la vida humana no exista la verdadera separación entre el yo y el tú. A partir de esto inicia el proceso de diferenciación que lleva a una identidad personal para llegar luego a una más madura integración con los otros en donde la autonomía del sujeto y la responsabilidad social se armonizan para alcanzar el bien individual y común. Los mismos psicólogos, no obstante, advierten que este proceso de desarrollo a través de la dinámica relacional no es ni automático ni simple puesto que a lo largo de sus etapas es necesario superar los obstáculos y las crisis derivadas tanto del mismo sujeto como del ambiente (personas) en el cual se vive. Son posibles, por ende, fijaciones a nivel de la madurez y también regresiones, es decir, regresos a estados inferiores causados por eventos particularmente negativos.

A partir de esta sintética descripción del proceso del desarrollo, surge en toda su evidencia e importancia la necesidad de la tarea educativa que corresponde primordialmente a los genitores, pero que luego envuelve necesariamente también a

las otras personas e instituciones con las cuales el sujeto enfrenta la vida. Surge también la complejidad y la delicadeza del empeño educativo, el cual debe cuidarse de dos peligros extremos y opuestos: el de una intervención educativa que se impone al sujeto sin respeto de su autonomía y de sus exigencias; y el de una intervención educativa simplemente complaciente de las peticiones del sujeto sin ningún motivo de crecimiento. El padre Franco Imoda S.J., aclara bien estos peligros cuando en su libro habla de los diferentes tipos de pedagogía como arte educativo. Él distingue tres tipos de pedagogía:

- 1) Pedagogía *subjetiva* a aquel tipo de relación educativa en la cual el educador se limita en dar respuesta a las preguntas formuladas por el sujeto: “la respuesta acepta la formulación de la pregunta y se adapta, haciendo coincidir en lo mejor posible la oferta de la pregunta, un poco como cuando se busca de hacer corresponder el producto según los deseos del consumidor” (p. 123). Es evidente aquí el esfuerzo que se tiene para respetar al sujeto del cual se reconocen las necesidades que expresa. El límite de esta aproximación está en el hecho de que presupone que el sujeto está en grado de conocer y de querer el propio bien, es decir, aquello que le permite crecer en libertad y responsabilidad. Esto no se puede presuponer especialmente en la edad infantil y adolescente en cuanto tanto el mundo de las emociones como las presiones sociales pueden llevar al sujeto a engañarse (inclusive de buena fe) en relación con su verdadero bien. El educador que adopta esta pedagogía subjetiva se olvida de dar una verdadera y plena ayuda al sujeto, evitándole los errores y los engaños mediante una acción de discernimiento que, en el respeto de la persona, lo ayudaría a descubrir nuevas preguntas y a tener nuevas respuestas más estimulantes para su crecimiento.
- 2) Al contrario de esta se encuentra la pedagogía *objetiva*, en la cual la intervención educativa considera exclusivamente el punto de llegada del proceso de crecimiento y por tanto ofrece a todos los sujetos el mismo cuadro de ideales o valores hacia los cuales se debe tender sin colocar atención sobre el punto del camino de crecimiento en el cual se encuentran los diferentes sujetos. Es la pedagogía “que sobre el plano moral, como el técnico, habiendo precisado un objetivo, establecido un deber ser, una ley, conduce al sujeto con su ser actual, pidiendo o exigiendo los cambios, las adaptaciones necesarias y oportunas” (p. 124). En este caso al educador no le interesan las preguntas o las exigencias el sujeto, él se preocupa exclusivamente por ofrecer respuestas relacionadas con la vida por recorrer para llegar a la meta objetiva del bien. Así el sujeto debe abandonar los propios puntos de vista e ignorar sus exigencias y recorrer la única vía que lo lleva al objetivo prefijado del educador. Es evidente que tal pedagogía no respeta la singularidad de cada persona ni las condiciones diferentes en las cuales se encuentra un sujeto, trayendo como consecuencia la represión de

todo aquello que no es conforme a los ideales que debe alcanzar.

- 3) Se habla en cambio de pedagogía *interpretativa* cuando el proceso educativo tiene en cuenta sea del sujeto en sus reales y actuales condiciones, sea las posibilidades de descubrir y de tender hacia una condición más madura de aquella presente. Esta pedagogía “no es solo una respuesta a una pregunta, sino que es la hermenéutica de una, más bien de cada pregunta. Es el tipo de intervención que reconoce la complejidad de los niveles en los cuales, preguntas y respuestas que surgen en varios momentos de la vida humana, son preguntas y respuestas que emergen desde la profundidad del misterio de la persona. Son preguntas que, mientras abarcan problemas específicos que exigen soluciones específicas, pueden también ser, y en general siempre son, expresiones de preguntas más profundas y radicales y, en último análisis, de aquella inquietud fundamental que expresa la realidad antropológica más profunda del misterio (p. 124). En este caso, el educador no es el *dominus* que impone una vía para recorrer ni es un bonachón que se limita a dar cuanto le pide el sujeto. Él, al contrario, se hace intérprete respetuoso de cuanto descubre en su relación educativa con el sujeto y lo ayuda a darse cuenta para evitar los errores o reducciones de sus capacidades de crecer según la dignidad de su naturaleza y su vocación específica. Es evidente cuán delicado y complejo sea en esta aproximación pedagógica el rol del educador, el cual debe no solo respetar al sujeto, sino también conocerlo profundamente para interpretar las aspiraciones más profundas y hacerle surgir sin forjaduras a la conciencia del sujeto con valores atrayentes de los cuales se convence y a los cuales libremente se adhiere. En otras palabras, el buen educador es aquel que ha realizado antes el camino de crecimiento, sabiendo integrar y armonizar en sí mismo todos los elementos que componen la estructura psicofísica de la naturaleza humana y así añade esa naturaleza humana integral que lo convierte en un modelo de vida y no solo una persona docta y poderosa.

Como dije en el Congreso mundial de la educación católica, celebrado por la Congregación en el 2015, la educación es como cultivar un árbol que nace de una semilla y llega a desarrollarse y a dar frutos abundantes. Este crecimiento “se da a través de la acción conjunta del sujeto, que tiene ya dentro de sí los elementos personales de su vida, con aquella de los cultivadores que son múltiples, a partir de los genitores hasta llegar a todos aquellos que se enmarcan dentro de la definición de educador”. Cultivadores y no creadores del crecimiento de las personas en cuanto educar significa exactamente *educere*, sacar fuera y hacer madurar aquello que ya es en germen en la persona con su propia singularidad. La actitud propia de educador debe ser aquella de conocer y acompañar con sabiduría y respeto a las personas y que podría ser identificado con aquello que el Papa Francisco llama el *arte del acompañamiento*, el cual aconseja para toda la acción misionera de la Iglesia: “En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los

detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario... La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos — sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. *Ex* 3,5)” (n. 169). Y añade que hoy “más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño” (n. 171). Y citando a San Juan Pablo II, habla de la necesidad de “una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio. Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia” (n. 171).

Como se ve, existe una sustancial coincidencia entre el pensamiento de la Iglesia y el de las ciencias humanas sobre el arte de la educación, aunque si, como es obvio, las ciencias se limitan en describir e indicar los procesos educativos, mientras que la Iglesia ofrece también los contenidos derivados del mensaje evangélico que se convierte en una propuesta de madurez integral, la cual en palabras eclesiales, se reconoce como la salvación.

III. Jesús, el Divino Maestro

Sabemos bien que el Evangelio no es una palabra abstracta de la cual viene una doctrina, sino que es la Palabra encarnada en Jesucristo, el cual nos ha dejado sobre todo un ejemplo de vida y no solo un conjunto de enseñanzas morales. Es por esto que se puede mirar en Él como modelo de pastor y guía, es decir el modelo de cada buen educador y maestro.

Podemos ver este modelo a partir del misterio de la encarnación del Verbo de Dios, el cual “a pesar de su condición divina, no consideró esta igualdad con Dios...al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres” (*Flp* 2,6-7). Si el correcto estilo educativo es aquel de no hacer caer desde lo alto la propia acción, sino acompañar a las personas en su propio crecimiento, resulta todavía más convincente que tal compartir haya sido iniciado por Dios mismo quien ha tomado la increíble iniciativa de intervenir directamente para convencer a los hombres de su amor: “Yo mismo voy a buscar mi rebaño y me ocuparé de él... las libraré de todos los lugares donde se habían dispersado, en un día de nubes y tinieblas... Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma” (cf. *Ez* 34,11-16). Pero más allá del gesto de amor divino manifestado en el mismo hecho de la encarnación, Jesús ha manifestado su estilo de Salvador – educador también en su humanidad cuando, luego de los años en Nazaret, ha iniciado a anunciar el mensaje evangélico: no ha querido asumir el rol oficial de maestro (rabí), ni ha querido fundar una escuela de

pensamiento, sino que tomó la iniciativa de ir en medio de la gente común y de elegir como primeros discípulos personas del pueblo (pescadores) y de no buena fama (por ejemplo Mateo que era recaudador de impuestos). Estando en medio a la gente sintió en primera persona la aflicción de su pueblo y probó compasión, con lo cual se manifiesta una participación empática de un amor altruista: “Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato” (*Mc* 6,34). Con este estilo con el cual él demuestra su amor compartiendo la vida concreta y fatigosa de la gente y luego comienza a enseñar, Jesús conquista la confianza de las personas anulando la distancia que en cambio asumían las autoridades hebreas.

Pero también su enseñanza, coherente con su actitud, se convierte innovadora en relación con el rigor legal de las escuelas rabínicas: Jesús, a pesar de confirmar los mandamientos de la Ley puesto que no ha venido a abolir la Ley, sino para darle cumplimiento (*Mt* 5,17), afirma claramente que también a los pecadores se abre la misericordia de Dios. Es por esto que anuncia que el tiempo de la llegada de su Reino inicia con la invitación a “convertirse y creer en el Evangelio”, es decir la invitación a creer en la Buena Noticia de que Dios está dispuesto al perdón para aquel que reconozca y se arrepiente de los propios pecados, puesto que será el mismo Jesús, quien pagará el precio del rescate para la nueva y definitiva alianza con el Padre. Es esta la novedad que escandaliza a las autoridades religiosas, pero que llena de alegría al pueblo, especialmente a aquellos que estaban al margen de la sociedad. Jesús establece la distinción entre pecado y pecador que es el punto específico y característico de la religión cristiana y que, desde el punto de vista educativo, significa la capacidad de proponer los ideales altos y saldos, pero también saber acoger a las personas por lo que son, con sus fragilidades, para acompañarles en la vía de la conversión y de la salvación.

Otra importante característica del arte de la pedagogía de Jesús Redentor si manifestó en su capacidad para llevar a quienes lo escuchaban hacia un bien mayor de sus propias exigencias. Aunque escuchó y acogió las voces implorantes de la gente sufriente en donde vivía, que expresaban las urgencias materiales de la condición humana (enfermedades, pobreza, conflictos, peligros de muerte, lutos, etc.), no dejó de aliviar también con prodigios toda esta miseria. Jesús no se cansó de solicitar la recuperación del orden superior a aquel físico – material. Más bien, a partir de los Evangelios es evidente la función instrumental de sus milagros físicos y materiales que miraban a la plenitud de la sanación de los males que afligían a la gente que encontraba. Es suficiente recordar el milagro de la multiplicación de los panes (*Jn* 6,1-15), en el cual es evidente la capacidad de Jesús para atraer la muchedumbre con su predicación con autoridad y diferente de aquella que pronunciaban los jefes del pueblo, pero al mismo tiempo preocupado por las exigencias de quienes lo escuchaban, muchas veces lejanos de sus casas y necesitados de reposo. Jesús, que con sus enseñanzas se muestra maestro, siente compasión también de la condición física de quienes lo escuchan y cumple el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces para mostrarse como su Pastor. Pero, luego ante el entusiasmo de la

muchedumbre que quería hacerlo rey, se retira de ellos hacia un lugar solitario para luego retomar su discurso sobre el pan material y el pan espiritual: “Les aseguro que ustedes me buscan, no porque vieron signos, sino porque han comido pan hasta saciarse. Trabajen, no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la Vida eterna, el que les dará el Hijo del hombre” (*Jn 6,26-27*).

Por otra parte, esta propuesta de valores más altos y plenos era siempre hecha en el respeto de la libertad de las personas ante la cual Jesús se detenía, aceptando también el riesgo del rechazo. Ante sus discípulos más cercanos, Jesús expresa querer lo mejor, no obstante el posible rechazo de sus enseñanzas, como cuando, luego del duro discurso sobre la Eucaristía, del cual todos deben nutrirse porque es Pan bajado del cielo, muchos de sus discípulos lo abandonaron, Jesús entonces se dirige directamente a los Doce preguntándoles: “¿También ustedes quieren irse?”. Sabemos la respuesta de Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna”. Sabemos también (y Jesús lo predice) que en la hora de la pasión también estos Doce lo abandonarán, dejándolo en manos de sus adversarios que lo matarán. Pero en esta aceptación del rechazo completo por parte de todos los hombres que Jesús amaba, se cumple su salvación puesto que, como dijo el mismo Jesús, “cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Jn 12,32*), de este modo la causa de la muerte aceptada libremente por Jesús por amor ha provocado en los hombres el reconocer y el creer en Él, comenzando por el centurión y por los soldados romanos que estaban presentes en su ejecución: “Verdaderamente este era Hijo de Dios” (*Mt 27,54*).

Gracias a esta donación extrema de sí hasta la muerte en cruz, se demuestra el vértice del amor que Jesús tuvo por los hombres, porque “ninguno tiene un amor más grande de este: dar la vida por sus amigos” (*Jn 15,13*) y él se sacrificó también por sus enemigos y sobre la cruz pedía al Padre por quienes lo crucificaban: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (*Lc 23,24*). Un amor, entonces, incondicional y sacrificado que no cambia ante el rechazo, que sabe esperar los frutos de su donación por los otros, como se verificó luego de su resurrección con lo que se confirmaba cuanto había predicado sobre su reino, asemejándolo a una semilla de mostaza que, siendo la más pequeña de todas las semillas, luego se hace el más grande de todos los árboles (*Mt 13,31-32*).

Finalmente, el amor educador de Jesús se impulsa no solo en admitir su amor hacia sus discípulos que lo habían traicionado y abandonado en la hora de la prueba, sino también en el confiar su misma misión de salvación por la cual se había fatigado, sufrido y dado la vida. La Iglesia nace por voluntad y con la potestad del Señor Resucitado, de hecho, es la prolongación de la presencia salvadora de Cristo en el mundo: “recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (*Hch 1,8*). De esta misión vicaria eran bien conscientes los Apóstoles, los cuales se consideraron siempre solo instrumentos de la misma obra divina a ellos confiada hasta aceptar de padecer y morir para dar testimonio de aquello que habían visto: “Juzguen si está bien a los ojos del Señor que les obedecemos a ustedes antes que a

Dios. Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído” (*Hch* 4,19-20) dijeron Pedro y Juan al ser perseguidos por sus mismos compañeros de religión. Este confiar su misión de salvación a los discípulos por parte de Jesús es todavía más sorprendente y significativo si consideramos que Él era consciente de aquello que sería la historia de la Iglesia, es decir, una historia de grandes santos, fieles al Maestro, pero también de pecadores que ofuscarían la imagen del Dios del cual debían ser transparentes. No se debió esperar mucho tiempo para que también los llamados al servicio del Evangelio manifestasen sus debilidades. Pablo con su fuerza corrigió las primeras comunidades cristianas invitándolas a regresar de sus antiguos errores. Frente a los cristianos de Corinto, divididos en grupos según quienes los habían introducido en la fe (Pablo, Apolo, Pedro), Pablo les recuerda: “¿es que Pablo fue crucificado por ustedes? ¿O será que ustedes fueron bautizados en el nombre de Pablo?” (*1 Cor* 1,13) y los invita a permanecer unidos todos en Cristo, el único Salvador, que escoge a sus colaboradores de aquello “que el mundo tiene por necio... para confundir a los fuertes... Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios” (*1 Cor* 1,27-29).

Como podemos observar en esta pedagogía de Jesús para convencer a los hombres del amor del Padre y para llevarlos a la vía de la salvación y de la alianza con Dios, él se ha manifestado como un conocedor del corazón humano con sus potencialidades y resistencias. Para cambiar el corazón endurecido de una religión formalista (sin olvidar las idolatrías paganas), Jesús aceptó la humanidad así como era porque la amaba incondicionalmente, pero al mismo tiempo la acompañó indicándole la vía de la salvación con su predicación y la precedió en esa vía, dando ejemplo de un amor que ante el mal toma el peso de las trasgresiones humanas hasta morir en la Cruz. Es muy significativa la definición que Jesús ha dado de sí cuando afirmaba “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (*Jn* 14,6). Creer en él no significa sumarse a una doctrina, sino acoger y seguir una persona; de hecho, de su vida concreta todos, inclusive las personas simples, pueden aprender a actuar según el bien (él es camino); escuchando sus palabras en el Evangelio, todos pueden conocer la verdad (él es verdad); siguiendo su itinerario, todos pueden a través de las tribulaciones y la muerte alcanzar la verdadera vida (él es vida).

IV. La Escuela católica

La escuela católica de cualquier grado participa de la misión general de la Iglesia que es aquella de evangelizar a todas las gentes, pero lo hace en un modo específico que debe integrarse con las otras instituciones eclesiales. De hecho, a través de la escuela el niño es ayudado a desarrollar su inteligencia en relación con el mundo en el cual vive para caminar sobre la vía de la salvación hasta su fin último, que va más allá de este mundo. Esto no significa que la enseñanza escolar no se deba inspirar en la antes mencionada pedagogía evangélica (que es siempre el fundamento de cada acción eclesial) pero que, sin embargo, posee un ámbito y un método diferenciado con el de una parroquia, una asociación o movimiento eclesial. La fe,

entonces, es la luz que ilumina, pero que no enceguece la razón, la cual, siendo creada por Dios, es capaz de abrirse a la verdad entera, es decir, a aquella inmanente de este mundo terrestre como también aquella trascendente: son dos realidades distintas, pero no separadas, a las cuales el hombre llega a través de la Revelación y de la investigación científica. Como sabemos, la religión cristiana desde sus inicios buscó una alianza con la razón, rechazando las religiones paganas basadas en el mito de divinidades caprichosas, para anunciar el Dios que ha creado el mundo y los hombres según una lógica de amor comprensible con la mente humana. El Dios de los cristianos es, de hecho, el Logos que ha creado el mundo no en el caos, sino según un orden al que la mente humana está llamada a descubrir y a construir para llevarlo hasta su cumplimiento. Y para restaurar este orden desordenado por el pecado, el mismo Hijo de Dios vino en este mundo para devolver a la humanidad sobre la vía de la salvación, es decir, para alcanzar su fin último que es la participación con la misma vida divina. De este modo, por una parte la fe, nutrida de la Revelación, ayuda a la razón a ir más allá de las realidades visibles y a encontrar respuestas a las preguntas más profundas del corazón humano relacionadas con su origen y con su fin último; por otra parte, la razón ayuda a la fe a no dejarse llevar hacia el terreno de los mitos o de los sentimientos, sino a buscar el verdadero significado que Dios ha escrito en el mundo creado.

Como sabemos, después de un inicio positivo, el diálogo entre la fe y la razón se interrumpió, produciendo esa “nefasta separación” de la cual hablaba siempre San Juan Pablo II en la Encíclica *Fides et ratio*: “a partir de la baja Edad Media la legítima distinción entre los dos saberes se transformó progresivamente en una nefasta separación. Debido al excesivo espíritu racionalista de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma respecto a los contenidos de la fe” (n. 45). Las consecuencias están todavía presentes en nuestro tiempo: “La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal” (n. 48).

Por ello, solo rehaciendo la alianza entre la fe y la razón será posible educar al hombre hacia el verdadero crecimiento hasta alcanzar sus fines. Es esta la tarea de la escuela católica en la cual, porque cree y realiza este diálogo, está abierta a todos los hombres, creyentes y no creyentes, para acompañarlos hasta el conocimiento de la verdad toda entera. De hecho podríamos decir, inspirados en la Constitución Apostólica sobre las universidades católicas pero adaptándolo a la vida de la escuela, que “su tarea privilegiada es la de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad” (n. 1). La Iglesia, a través de las escuelas, se pone al servicio también de aquellos que aunque no creen, buscan con sinceridad la verdad. De ahí que aunque profesa su fe en el Autor de la verdad, esto no le impide respetar a quien no cree y lo invita a buscar

juntos, a través de la razón, la vía que conduce a la plena verdad.

Hemos hasta aquí delineado la identidad católica de nuestras escuelas que, a ejemplo de la pedagogía evangélica, no imponen verdades abstractas sino porque quieren conducir a los hombres a la verdad toda entera, aceptan las personas como son y les ayudan a crecer en su libre y responsable adhesión a los valores correspondientes con la dignidad de la persona humana. En este sentido encuentra lugar en nuestras escuelas tanto una rigurosa metodología de enseñanza según las normas de la investigación racional, como también una pastoral escolar que, por parte de los creyentes, integra la búsqueda de la verdad con el testimonio de la caridad.

Integrar el respeto de la libertad y la propuesta del mensaje evangélico, entonces, no es contradictorio puesto que, como hemos visto, en el Evangelio se encuentra el imperativo de una propuesta y no de una imposición del anuncio de salvación, pero al mismo tiempo, se observa la necesidad de no dejar a los hombres sin la esperanza de encontrar la verdad que viene de Dios y que se ha manifestado plenamente en Jesucristo, camino, verdad y vida.

V. La Pastoral educativa

Leí con atención las preguntas que ustedes se han colocado con miras hacia el mejoramiento de la pastoral educativa a la luz de los cambios en la sociedad chilena, manteniendo siempre la coherencia pedagógica que viene del Evangelio de Cristo, nuestro Divino Maestro. He también apreciado la intención de este Congreso de renovar la pastoral educativa para responder en profundidad a los desafíos actuales de la sociedad, no para adaptarse a la mentalidad del secularismo hodierno, sino más bien a la luz de la voluntad de Dios, según su proyecto de amor.

A pesar de que no conozco plenamente la realidad de Chile, me permito de ofrecerles algunas líneas para ayudarlos en la reflexión sobre los temas que se debaten:

1. Si entendemos la pastoral como la encarnación concreta de la misión evangelizadora en un campo particular, como por ejemplo el de la escuela, es de considerar que el primer elemento de anuncio evangélico es el testimonio de una comunidad escolar en la cual sea evidente el estilo cristiano del primado de la caridad. Este clima de caridad, respetando los roles diversos, favorece el ejercicio de la autoridad como servicio, especialmente hacia los más necesitados y, al mismo tiempo, hace creíble y atrayente los valores transmitidos a través de la enseñanza. Una comunidad escolar cristiana que vive de esta caridad es en su ser el mejor instrumento de pastoral.
2. Por ello es importante, como también lo dijimos en el Congreso Mundial organizado por la Congregación para la Educación Católica del 2015, la formación de los formadores. No es tiempo perdido o energías sustraídas a la enseñanza directa, cuanto se organiza para la formación permanente de los profesores, no solo para actualizarlos sobre los progresos de la

metodología pedagógica, sino también para el crecimiento del espíritu cristiano y para la verificación de la coherencia de fe. Esto vale para todos, pero especialmente para quien ocupa los puestos más elevados en la organización escolar, es decir, para los dirigentes de las escuelas católicas. Solo una clase dirigente a la altura de la grave tarea educativa que la escuela católica se propone puede convertirse en un instrumento válido y en un interlocutor también con la sociedad civil y las escuelas estatales para la edificación de una sociedad chilena fundada sobre los valores compartidos en el respeto de la diversidad cultural y religiosa.

3. Es evidente que la escuela católica tiene el derecho-deber no solo de enseñar en coherencia con los propios valores, sino también de ejercitar en su interior una acción propia de anuncio y de vida cristiana. Esto no contradice, como ya he dicho, la apertura y el respeto de las personas que no creen o que tienen una fe diferente, puesto que se trata de una propuesta que no obliga a la adhesión, aunque venga explícitamente ofrecida en modo no neutral. El resultado es que tal oferta se convierte para los creyentes en Cristo en una ocasión de crecimiento y de integración entre la fe y la razón, y además en una práctica de la vida eclesial; y para los no creyentes se convierte en una ocasión para conocer mejor y auténticamente el mensaje evangélico en confrontación con su conciencia, la cual es siempre libre de adherirse o no. Sería injusto pedir, en nombre de la tolerancia, que las escuelas católicas permanezcan neutrales en relación con la propuesta educativa y no puedan promover una práctica religiosa en el respeto de la libertad de las personas, las cuales han elegido de formar parte de esa institución notoriamente confesional.
4. Es importante, por consiguiente, que la escuela, especialmente en su acción pastoral, no sea aislada de la Iglesia local ni de la parroquia, para que no solo se evite el repetir o la competencia, sino para que se programe un plano de integración para una recíproca ayuda en la diversidad de los roles. Esto implica la necesidad de una verificación de los diversos roles al interno de la vida de la Iglesia para no recargar la escuela de tareas que pertenecen mayoritariamente a la parroquia o viceversa. Puesto que tanto los profesores como los alumnos pertenecen también a comunidades eclesiales concretas en las cuales viven y frecuentan, es importante favorecer la coherencia de testimonio inclusive en la vida extraescolar y, a su vez, la posibilidad de que la comunidad eclesial sienta la escuela como un organismo vivo de sus realidades. Compete al Obispo, con la colaboración de todos, asegurar esta síntesis y comunión entre las diversas instituciones.
5. Es indudable que el crecimiento de los medios de comunicación social haya multiplicado a los “nuevos maestros” sin ningún control institucional con el riesgo de una confusión en la propuesta educativa. Sin embargo, esto no debe provocar el rechazo de tales medios sino más bien el estudio de un correcto uso que inicia con la oferta a los jóvenes de una conciencia crítica

en relación a ellos para que logren desenmascarar los engaños a los cuales podrían ir si permanecen como receptores pasivos de todos los mensajes divulgados. La actualización del lenguaje de trasmisión del mensaje evangélico puede ser el resultado de un mejor conocimiento de lo que ofrecen las nuevas tecnologías en la comunicación en relación con los jóvenes.

6. Finalmente, tarea de las instituciones escolares es también contribuir a la sociedad y a la cultura chilena para dar un futuro de seguridad y de esperanza a los jóvenes. Pero para hacer esto es necesario que las escuelas profundicen en el conocimiento de la realidad actual en sus aspectos positivos y negativos, con un discernimiento de los signos de los tiempos animado no de un pesimismo paralizador, sino de la esperanza cristiana fundada sobre la fe que la historia humana es siempre guiada por la Providencia divina, a pesar de la libre elección de los hombres. Como dijo el Papa Francisco, a propósito de la alegría que debe acompañar la misión de evangelizar, “Si bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. Jesús es el primero y el más grande evangelizador” (*Evangelii gaudium*, n. 12). Es importante mantener esta fe y traducirla en trabajo educativo como una acción prevalente para convertirse en protagonistas de una verdadera renovación del escenario social, sin dejarse manipular de las diversas facciones políticas. De este modo, la escuela católica estará siempre a la vanguardia de la atención de los nuevos desafíos que el mundo debe afrontar, como el ecológico y la inmigración de los pueblos que la política general tiende a despreciar, creando nuevas marginaciones y peligros para las futuras generaciones.

VI. Conclusión

Termino esta reflexión agradeciendo vivamente por la invitación a participar en estas reflexiones. Hago mis más sinceras felicitaciones al comité organizador de este Congreso de Educación Católica pues nos han ofrecido una ocasión importante para verificar y para reimpulsar las instituciones educativas de la Iglesia chilena. Les reafirmo el agradecimiento de la Congregación para la Educación Católica por el empeño de todos ustedes y por su colaboración que manifiesta sobre todo el testimonio de la Iglesia local en el mundo contemporáneo. ¡Buen trabajo!